J O S E T R I A N A

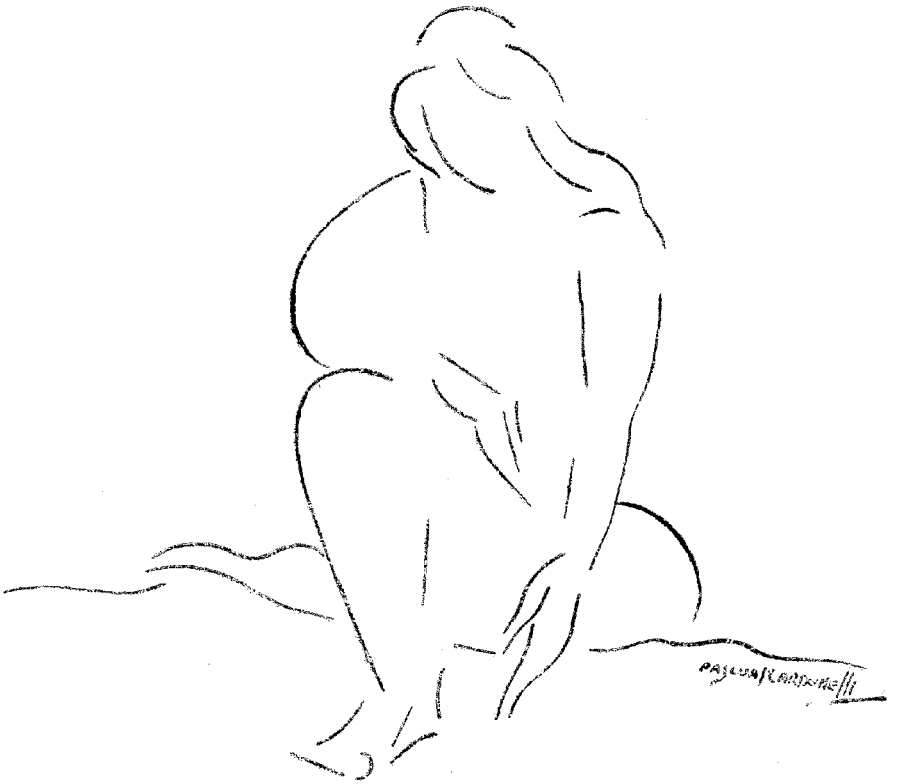
DE LA MADERA DEL SUEÑO

(Poemas)

Madrid
1958

Mi gratitud a Enrique Piñeiro, Heleno Saña Haleón, Aitor de Goiricelaya, Ambrosio Fornet y José Moraleda, quienes han hecho realidad este pequeño testimonio de vida.

Madrid, mayo de 1958.



Estamos hechos de la madera
de los sueños.

WILLIAN SHAKESPEARE

I

ADOLESCENCIA

En lo negro se yergue hasta una rosa.
Jorge Guillén.

A mis padres y hermanas
que a veces me hablan en la soledad del cuarto.

1

Frágil duende sin voz y sin presencia
por las cuatro paredes del olvido.
Dibujado clavel, ángel herido
eternamente solo en su demencia.

Paloma redimida en su inocencia
que ignora si ha soñado o ha vivido,
Revelado cristal, desconocido
en su viaje remoto y en su esencia.

Oh amor, amor, amor, en su estructura
nunca puede medirse lado a lado
toda la angustia sorda y la ternura. . .

Pero siempre secreto y desvelado,
con su denso chorrear de sangre pura
lo siento galopar a mi costado.

2

Sí, sí, recuerdo a veces
la trémula sonrisa de mi abuela,
la primera mentira proyectada,
el primer juguete que no tuve
y aquel extraño libro leído con desvelo
que desvelaba entonces la gaveta y la almohada.

Sí, sí, recuerdo a veces
aquel aspecto familiar del viento
tímido y reposado cruzando por la calle,
aquella simbólica caída de las hojas
del otoño temprano, cuando apenas los niños
copiaban la tristeza secreta de la tarde.

Sí, sí, recuerdo a veces
la expresión del alumno que se quedó olvidado
como un lirio pequeño deshecho en el andén,
la patriarcal disputa después del desayuno,
la carta de mi hermana que llegó retrasada
y la palabra amor guardada en un papel.

Sí, sí, recuerdo a veces
el dolor de mi madre cuando posó la niebla
su fusil mutilado sobre el granado en flor;
y aquella niña ingenua recobrada en lo eterno,
y aquellos hombres ciegos, oscuros meridianos,
olfateando la noche de extrañeza y temor.

Sí, sí, recuerdo a veces
los muchachos mendigos correteando en el parque,
aquella novia triste siempre ausente en mi verso,
y el frívolo y alegre caminar del reloj;
y el jardín de mi casa y el jardín de mi escuela
y aquel viejo maestro del chaleco zurcido
que descansa en el huerto como un tierno gorrión.

Sí, sí, recuerdo a veces un mundo de ceniza
para estos ojos mansos
donde germina el sueño soberbio y andador.
Sí, sí, recuerdo a veces.
¿Nadie recuerda acaso
esta suave presencia de las horas terrestres?

Sí, sí, recuerdo a veces... Recuerdo a veces. Hoy.

3

Si ya murió el amor,
¿por qué cantan las piedras del viejo campanario?
¿Por qué la plaza sigue dormida eternamente
y hay un rumor de pasos fugaces y nostálgicos
en las calles siniestras de la ausencia?

Si ya murió el amor,
¿por qué el eco del viento se reparte
como cielo sin nube por los álamos?
¿Por qué hay entre trigales oro puro
y no hay llanto en los ojos de la tarde?

Si ya murió el amor,
¿por qué hay nidos tibios en las ramas
de los árboles viejos?
¿Y por qué hay encendidas ilusiones
y sonrisas detrás de las cortinas
de la casa?

Si ya murió el amor...
¿Por qué aún me queda un poco de armonía
desvelada en la cuenca de los ojos?
¿Por qué rueda en mi alma tu recuerdo
como aire silencioso?

Si ya murió el amor...
¿Por qué se escapa el sueño de mi triste universo?
¿Por qué de añil se tiñe mi secreta ternura?
¿Por qué siento latir tan dulcemente
mi corazón pequeño?

4

Esta sangre me duele...
Esta voz insegura martillándome un poco.
Esta luz habituada a sostenerme.

Esta sangre me duele
como un pétalo fino desgarrado en otoño.
Esta sangre me duele...

¿Quién detrás de mi nombre, desde el polvo?

5

Las últimas estrellas cayendo sobre el agua.

(Yo voy hacia el absurdo mirando girasoles.)

La eternidad florece
inesperadamente
como una fría lágrima.

(1948 - 1952)

II

INTERMEZZO

Tan sólo tengo para hablarte un corazón de penas
Alberto Baeza Flores

A Ezequiel Vieta,
amigo de siempre.

1

Yo era un brote cristalino de lo ingenuo.
Dios, alegremente, andaba asiéndome de las manos.

Sucios cristales cruzaron por mis ojos.

Ahora le busco —oh el perdido alimento de su voz—
en la noche ascendente. Y siento que me aparta,
que vacila su desnuda respuesta.

2

No detengas la noche, la señal del espectro,
oh cuerpo delicado, fulgurante rocío,
ebriedad del amor;
goza la eternidad del cósmico minuto
sin preguntar si sueñas o si mueres.
desesperadamente,
como un perro inocente debajo de la lluvia.

3

Quiero pensar en ti definitivamente.
La memoria me ofrece ciudades de ~~inocencia~~
y adivino la infancia sentada en su pupitre
como una alumna atenta.
Yo sé que aquella tarde los naranjos
decían las palabras de siempre y para siempre.
Dormía el patio aquel. La humedad y los musgos
y los últimos cánticos...
Tú cruzabas lejanas celosías,
paraísos posibles y antiguos como el cielo.
Los ~~ángeles~~ gritaban en todas las ventanas.
(¿Recuerdas? Qué distante niñez, ay,
los recuerdos.)
Tú estabas diseñando palomas y monarcas
y una historia increíble. Yo jugaba.
La tarde trazó un largo sollozo de monedas
de oro, dulce jardín de antes, lirio presente.
Luego vino mi madre
y la noche nos trajo sus honduras.
¿Y después, después, dime, qué tiempo, qué silencio?
Mi cuerpo se hace ya dura sentencia.

Quiero pensar en ti definitivamente
y olvidar que me duele la distancia
y que la muerte aguarda como una fiel nodriza.

4

En ti, lluvia, me busco
inútilmente
prosaico centinela de la rosa.
~~Mi cuerpo~~ desvelado me entrego en la gimnasia
nocturna de las hojas.

(¿Soy un trazo deforme de la arcilla?)

Oh, tú, mi sensitiva, mi eterna soñadora,
descendiendo,
describiendo señales
por el hilo impreciso del misterio.

5

Si morir sólo fuera
un apagar los párpados desnudos,
un doblegar la rosa fugitiva,
un transbordar palabras y recuerdos;
si morir sólo fuera...
Oh, innumerable eterno,
si morir sólo fuera
este andar temeroso por la cárcel del sueño.

6

No importa que un crepúsculo se doble
entre los dedos suaves, el enigma
de un lirio adolescente, gracia única.

No importa que mi nombre, breve círculo,
pernicioso atributo de este ser y no ser
infinito,
defienda su guarismo,
el cadáver vivísimo y delgado
que transita ciudades y sonrisas...

No importa la palabra ceñida de lo humano.

El polvo,
el polvo verdadero,
enumera los días silenciosos,
el barniz, la ceniza conversando,
los pájaros sonoros, los faroles del parque taciturno,
y la paz inmutable del agua en la ventana.
—Ah, este sencillo vaso cotidiano
donde terriblemente sueña mi corazón,
mi infancia.

7

Una mañana sin sol
musitarán los laureles.

(¿Estaré olvidado entonces?)

Llorará largo la fuente.

Mi nombre será ceniza,
musgo de piedra doliente.

8

No preguntéis.
Los perros vigilantes de la noche
descienden oportunos, terribles condenados,
esqueletos hambrientos.

No preguntéis.

Decid, decid: «Se ha quedado dormido
definitivamente.
Lascivos mandarines pisotean el polvo de su cuerpo.»

No pregunteis.

Debajo de las piedras se alegran los gusanos.
La ciudad, ebria máscara,
fláccida meretriz hacia el olvido,
responde.

No preguntéis.

Decid, decid: «Se ha quedado dormido
definitivamente.
Se ha quedado dormido como un niño buscando la
sonrisa de Dios.»

(1952-1954)

III

POEMAS FINALES

Una ciudad flotante en el espacio era
mi último refugio.

Quasimodo.

Cúbreme con tus alas, ángel mío.

Miguel de Unamuno.

A Renato Martínez

1

Este pobre soneto que proyecto
en la tierra de nadie —su aventura—
busca un ángel de fe por armadura
y la rosa más tierna del afecto.

Este pobre soneto que perfecto
quiere tener el cuerpo, la estatura,
pide un poco de luz en la clausura
de los signos que sueña el arquitecto.

No me digáis jamás que de la suerte
de este pobre soneto que declaro
pueda salvarme acaso de la muerte.

Pues los ~~ángeles~~ dicen (los escruto
por el cielo diverso do me amparo):
Ama la eternidad en un minuto.

2

Amor, amante travieso
por quién sonríe la luna.
Arcángel mío, sin peso,
fiel concepto de aceituna.
Qué bello jardín propones
con el arpa de tus sones.
Y la noche sin tu ronda
se hace noche de terrores.
Dame tú los ruiseñores
y una tibieza más honda.

A Conchita Rueda

3

Veo cruzar los niños en corros divertidos
y el parque se consagra de una luz cotidiana
mientras pueblan las voces de los guardias enhiestos
y las graves señoras murmuran y sonríen
con la aguja y el hilo
y los pájaros.

Y la infancia me llega,
memoria virginal,
paraíso distante
como sueño soñado
una noche clarísima de octubre.
Y siento que un fantasma,
o que un duende me llama
desde un río quizás inexistente.

A Carmina Santos

4

Dulcemente te pienso, fiel moldura
de un edénico sitio, dibujando.
Abejas o manzanas sollozando
reconocen tu sombra y desventura.

Y el aire se desgrana desvelando
y recuerda la gracia y la ~~aventura~~
de tu ~~ángel perfecto~~ que apresura
un caracol ~~sangrando~~ y no sangrando.
Y la noche se ~~quija~~... !Qué amargura
saberte y no saberte publicando
jardines en mis ojos y locura!

¡—Ah, qué desorden de alas añorando!
Dulcemente te pienso... Criatura
de Dios, que voy soñando y deseando.

A Rodrigo Artime

5

Sílaba tuya ya definitiva
en un bosque de niebla perfumado.
Peregrino candor, rosa o cayado
como un cuerpo yaciente en agua viva.

Enigmático pez si recreado
por un cielo de alondra fugitiva.
Menudencia de miel que no se liba
en un río (de espectros) dibujado.

No te pido la luz en este prado.
Me sostiene la noche, decisiva
de perros que conversan a mi lado.

Unicamente quiero, flor cautiva,
el secreto palacio vislumbrado
de esa sílaba ya definitiva.

A Hector Bianchiotti

6

Cae el agua; fluye desde arriba,
como música o sagrado ofrecimiento.
No es posible soñar
imaginarios países o divertidos
animales en el trópico.

El agua cae; cae en cántaros de plata.

Oh, qué tierna delicia.
Ahora miro, recuerdo:
una ventana abierta
y el agua en otra ciudad
y la risa de las hermanas que juegan
y esperan y el agua cae; cae
despacio igual que la ceniza, las semanas, los años.
y el corazón comienza a preguntar
ya, inútilmente, por algo que se ha ido
a dónde y por qué y cuándo
en aquella otra vieja ciudad
y los padres y los amigos y la inocencia
que buscaba un terrible alfabeto.
Y cae el agua, cae; fluye desde arriba;
y el corazón se moja de soledad antigua.

A Boni Delafvente

7

Traía el corazón enajenado
cuando el aire despeina la floresta.
(Un clarín errabundo manifiesta...)
Parecía un clavel resucitado.

Andaba como un niño enamorado
en el rumor extraño de la fiesta.
(Alguien confusamente le contesta...)
Miraba y no miraba lo mirado.

Dormía entre sus manos la ternura
y cristales azules y el martirio
de la luna cayendo —dulce y fría—
por el césped ufano que murmura.

Ya nadie le recuerda en su delirio...
El tiempo se hace pura geometría.

A Rubén Ballesteros

8

Entra el ángel sencillo y apacible
en un lugar oscuro de la estancia
y dice de los lirios... —Su elegancia
conjura lentamente lo invisible.—

Entra el ángel desnudo e impasible
decorando la silla de la infancia
y enmudece el amor... —Pez o fragancia
que este sueño mortal hace posible.—

Entra el ángel desnudo y alimenta
mi corazón de alegres surtidores;
y pregunto y pregunto por qué lloro.

Y la fronda responde cuando aumenta
sus láminas y leves ruiseñores;
mientras caen despacio luces de oro.

9

Quiero saber el nombre verdadero
de ese infiel animal que te acompaña
los diarios menesteres, flor huraña
que sueña y calla y sueña que te espero.

Quiero saber el nombre verdadero
de esa cruel criatura que te engaña
las horas que no estoy, amante extraña
que divide el amor en el alero.

Quiero saber el nombre que me alcanza
y me hiere de muerte sin saberlo
esta noche mordida por su lanza.

Porque el corazón dice: "Que alegría,
debajo de algún huerto y sin saberlo,
amar eternamente y en porfía".

A José Franco

10

El otoño despierta
como un muchacho triste o una canción
remota y extranjera.
Los árboles parecen gigantes amarillos
o arcángeles que bordan melancólicas
iniciales,
jardines inefables y suavísima túnicas
y caracoles rojos que una niña desea
mientras el mar y el viento hacen cabriolas turbias.

El otoño despierta.

Mi corozón padece dulcemente en la niebla
y ruedan y musitan las hojas, los papeles,
las palabras y el llanto
y los besos pausados en aquel cuarto oscuro.
Y el otoño despierta:
hay una voz oculta detrás de cada objeto,
una sentencia, un eco o una fábula.

11

Nos levantamos, madre, muy temprano
sin mirar el reloj;
decimos: "ayer, hoy, mañana, buen Dios"
o alguna incoherencia demasiado habitual;
luego pensamos siempre
en muchas cosas tontas: en el agua que canta,
en las flores de trapo deshojadas,
y en la novia que espera quietamente
leyendo las estrellas;
y tambien en alguna circunstancia
memorable;
sólo digo un ejemplo:
"el tiempo me adormece,
puedo morir en un instante no pensado";

y después, madre mía,
lo que come el obrero
y la fiebre del niño que dibuja los pájaros
y el sollozo del padre junto al féretro
y la mujer anónima que vende su miseria,
y tantas, tantas, madre, desventuras,
que a veces horroriza saber lo que es la vida
Y apesar de todo esto, marchamos y corremos
por los parques, las plazas, los suburbios,
preguntando por otras menudencias
y ciudades y libros y personas,
ajenos de la sombra que nos rige
y la inmóvil ~~sentencia de los ángeles~~ querencia de los gnomos.

A Obdulia Guerrero Bueno

12

Perséfone extranjera me pregunta
y camina y se queja como un gamo,
pequeño surtidor. Mi luz derramo.
La memoria. La luna se despunta.

Perséfone vigila. Suave apunta
los tapices y el cuerpo que más amo.
Caen nevando flores. Yo reclamo
y padezco. La noche se conjunta.

Perséfone extranjera por el río
se pierde lentamente. Mi voz toca
la sombra de su andar al aire puro.

Luego, solo, transito. Muerdo el frío
metal de algún jazmín que me coloca
los huesos y los años en lo oscuro.

13

Amo tu voz, tu nombre, tu pureza;
y la tarde que moja mi ventana
pone el arpa infantil —ya luz mundana
que insiste y eterniza tu tristeza—.

Amo tu voz, tu nombre, tu extrañeza;
y describo en la rosa más cercana
el día del encuentro. . . La fontana
reconoce mi amor y tu belleza.

Amo tu voz, tu nombre, tu destino,
~~ángel~~ mío y fatal, ~~campo de muerte.~~
Centinela que guarda mi camino,

~~debajo de esta cárcel de difuntos,~~
~~alguien, secretamente, nos advierte~~
~~los~~ jardines ~~del cielo~~ y sus conjuntos.

A César Manrique y su dulce Pepi

14

Rosa de amor, amor, rosa inconcreta.
Almendra del arcángel que me asciende.
Estoy desnudo aquí y el sol extiende
manos de acero y pájaros sin meta.

Rosa de amor, amor, rosa secreta.
Desdibujado cuerpo que me enciende.
Desnudo estoy y solo y el mar tiende
redes al corazón, dulce pirueta.

Rosa de amor, crisálida, locura.
Yo no sé en qué tiempo ni en qué espacio
he aprendido la voz con que te llamo.

Pero sé qué pobreza y estatura
añora desde siempre tu palacio
tu afán de luz y ~~muerte~~ vida y tu reclamo.

A Francisco Morín

15

Vida sin afán, segura
es del rebaño inerte.
Sobre mi espalda en clausura
la noche pañuelos vierte.
Terrible razón de ser
~~pájaro~~ al amanecer.
Y cruzan apariciones.
Siete centauros. Hay siete.
Ya mi corazón promete
vigencia y constelaciones.

16

Mi amigo se ha quedado sollozando
sobre la tierra parda:
apretados de un golpe los huesos doloridos.

Los gusanos
no partirán la almendra ya gozosa
ni la raíz insomne.

Larga señal habrá por el cielo distante
cuando todos los ángeles anuncien su llegada.

Legiones de muchachos rubios como el verano
pondrán los estandartes del "adiós y hasta luego"
y buscarán la rosa de sus manos cruzadas
disputando y soñando definitivamente
su corazón auténtico.

La peregrina fábula crecerá como un río
de múltiples escombros;
y el aire y las estrellas que le amaron
y el gato que maúlla debajo de la cama
y el reloj de las horas habituales
y la patrona enferma
y el profesor histórico y aquel libro de Horacio
quedarán pensativos.

Mi amigo, que es mi cuerpo sollozando,
muerde la tierra parda.

17

Incendio y regocijo: la mañana.

Sobre sucios manteles establecen las moscas
incesante aquelarre.
Mi madre deposita
su bondad en la casa pulcra, honda, desvelada
como aprendiz insólita,
por el tiempo sin tiempo, de fábula y nostalgia.

Muy lejanos asisten los niños ya cantores.

El perro amigo juega,
destroza las cortinas, los cuadernos,
la lámpara e~~xpectante~~ de mi cuarto. encendida
Y mi madre a~~nochece~~ se anima
y baila en los trajines cotidianos:
los hijos, los recuerdos, las preguntas,
los almuerzos, las cenas,
la vigilia de andar y ser o~~scuramente~~. en su misterio
y los viajes del sueño que nunca nadie piensa
como viajes posibles,
mientras duren los huesos
y la eternidad ~~musite~~ lo~~s símbolos del ángel~~.
sea una recta [illegible]
abstracción

A. Enrique Piñeiro

18

Estoy entre los ~~ídolos~~.
Me sostengo.
La máscara me pesa como un río
de sangre
y cristales mojados.

Es cierto que es temprano,
que mañana es posible que me muera,
que la alondra ~~despierta~~,
~~que es~~ el último instante de la noche.
Pero no. Me ~~denuncio~~.
Me aburro simplemente
como un perro o un gato sin palabras
de ahora y antes
(eternamente absurdas);
y atravieso el vestíbulo.
~~La estancia~~ se estremece.
Definitivas voces me alcanzan y derriban.

Estoy solo, sangrando la delicia
de morir, muy despacio y en silencio,
soñando y deseando,
en una esquina de ~~ángeles~~ perfectos.

El antiguo reloj se ha detenido.

Estoy solo;
ya para siempre solo.

A. Isidro Maistegui.

19

Qué pobreza de ser a cada instante
niebla desvanecida y silenciosa.
Cuando cae la tarde, la amorosa
luz, la noche y el alba de diamante.

Qué pobreza no ser dócil amante
ni estremecido amor, voz sigilosa;
ni el ángel devorado por la rosa
ni el duende ni el jardín alucinante.

Qué pobreza no ser y creer cierto
el antiguo ademán con que recibo
y saludo y escucho a los parientes.

Porque nadie sabrá que yo estoy muerto
mientras doblo los días y transcribo
palomas y ciudades no presentes.

(1956-1957)

GRAFICAS BACHENDE.—Madrid